

A **Alvaro del Olmo** no le van las medias tintas. Y así debe ser cuando uno ha nacido en el emblemático 1982 y en su curriculum figuran como principales ocupaciones las de jugador de ajedrez y pianista. Dos talentos que vienen muy bien cuando se trata de escribir: mover las piezas con reflexión, darle a las palabras un sentido musical que las proteja del ruido innecesario. Así que su primera novela, **Hombre sobre una escultura**, en la imaginativa editorial Rayo verde, impone unas reglas de obligado cumplimiento: una estructura férrea, unos personajes convincentes y originales, y un estilo muy personal. En sus manos, un grupo de amigos de profesiones aparentemente distantes, aunque en el fondo todas tengan un fondo común de simulación. Un fotógrafo, una actriz y el crupier de un casino como acompañantes del protagonista: Hércules Degard, con nombre de héroe antiguo (“sí, de detective”), un tipo singular empeñado

Tinta fresca

El canto de la jirafa



TINO
PERTIERRA



en el mundo meterse en camisas de once varas cosido a los misterios del arte. Teniendo en cuenta que el autor se divertía de niño creando revistas caseras sobre misterios del universo que él mismo se inventaba no es extraño que su primera novela sea una apuesta vencida y convincente por la fabulación

Hombre sobre una escultura

ÁLVARO DEL OLMO ALONSO
Rayo verde

en estado puro. Imaginación al poder. Y como Del Olmo parece un firme defensor de las historias que se bifurcan, también incorpora elementos de novela negra fantástica. La novela arranca con un juego. De azar, para los que creen en la suerte. A partir de ahí, Del Olmo impone su ley: unanarración desarrollada con un estilo austero y preciso de frases cortas, tajantes a veces, con diálogos incrustados de forma concisa y descripciones con buena puntería que ahorran detalles innecesarios. Impresionismo: el arte de contar mucho sin enrollarse. Luego pasamos a otra escena aclaratoria: un espectáculo va a empezar. Se alza el telón. Del Olmo es directo y sinuoso a la vez. Si fuera una película, sería una mezcla de Kubrick y Antonioni con diálogos de Wilder. Le gusta repetir palabras, unirlas en una cadencia musical que hace las veces de estribillo narrativo. (“Caminamos. Caminamos separados. Caminamos. Frío. Caminamos. La miro”. En sus escenarios cartografiados

por la fantasía se entrecruzan referencias de todo tipo: cine (Bogart mira a Bacall, Travolta y Uma bailan), música, comics y literatura. También hay latigazos al mundo corriente y durmiente. Decía Wilde que la música es el más perfecto modelo de arte porque no puede revelar nunca su último secreto. Del Olmo también cree en las propiedades de la literatura como guardián de secretos, o como caja mágica con doble fondo. De ahí su decidida voluntad por pillar desprevenido al lector y que no sepa cuál es la próxima jugada.

Hay algo de surrealismo flexible en ese esfuerzo: cambiarlo todo de sitio para descubrir verdades escondidas. Los ecos ensoñadores de Scherezade cruzan este paisaje de gente solitaria y cicatrices invisibles, la vida tiene mucho de circo y el desvarío es una forma como otra cualquiera de interpretar el arte en una selva donde las jirafas cantan balidos y se acepta todo tipo de apuestas. Incluso a caballo perdedor.

Bloc de notas



Vidas que jamás regresan

Magris vuelve al agua, “que se asemeja en todas partes”, en **El Conde**, relato conmovedor que da título a un volumen de cuentos



LUIS M. ALONSO

El agua se asemeja en todas partes, dice el personaje que acompaña al Conde mientras pesca almas muertas. Por eso **Claudio Magris** no distingue entre mar, río y océano cuando alude al Duero en uno de sus cuentos de lectura más intensa y conmovedora, en el que barcos y vidas permanecen, a la vez, encallados. Ciertamente, uno escucha la fuerte lluvia y termina por no oírla, lo mismo pasa con el río y el mar cuando se estrellan el uno contra el

otro. Es la misma agua, paraíso de los pulpos de cabeza testicular para **Raffaele La Capria**, curso sentimental de la civilización para Magris, cuando se trata del Danubio o el Adriático istriano y dalmata. Del mismo modo que le sucede a **Enrico**, el helenista y filósofo de **Otro mar** que desde la Gorizia habsburgica embarca para Sudamérica y se pierde en la soledad, cuando desde el ojo de buey del barco ve las aguas oscuras y rabiosas, olas y espuma que le parecen todo lo mismo sin comprender la antífona que viene de abajo.

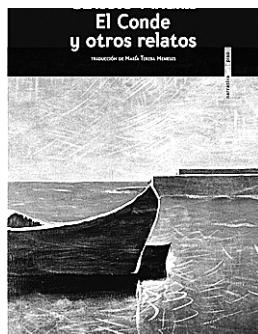
El Conde es el nombre del relato que da título a un librito, sólo por su tamaño, que acaba de publicar Sexto Piso. También a una historia, una buenísima

historia, sobre los cadáveres que flotan olvidados, vivos y muertos. Una fábula asombrosa y terrible acerca del devenir, que encuentra en el rescate de los cuerpos ahogados la medida exacta de la metáfora.

Estamos en la desembocadura del río Duero, que surge de Urbión y termina en Oporto. La voz que narra en primera persona pertenece al asistente del Conde, tripulación, marinero, arponero y mayordomo de un rey funeral del río que ejerce el trabajo misericordioso de devolver a tierra firme los cadáveres. Es el río de los mitos que las sombras no podrán cruzar jamás para volver al mundo de los vivos. El rey funeral a veces olvida haber elegido como especialidad la muerte y se muestra al mundo. El narrador de la historia se dirige, en cambio, a un testigo que luego la escribirá en alguna otra parte, mientras mantiene una especie de anonimato. De él sabemos únicamente los nombres de las mujeres de su vida. **María**, quien le dio un hijo y tenía los brazos morenos iluminados por la llama de los fogones de la cocina y que le cantaba “no te cases con un ferreiro que é mui malo de lavare, casate con un marineiro que ven lavado do mare”; o de **Giba**, fruto de los engaños del Conde que decía que las mujeres no valen nada y luego sentía melancolía al ver sus medias desperdigadas por la casa.

El agua lo destruye todo, incluso la memoria. El agua que se asemeja en todas partes, como recalca Magris. Pero hay un momento en que el marinero, ahogado por los recuerdos amargos, se rebela contra el Conde por culpa del cuerpo del mascarón de un barco naufragado con el que el jefe quiere hacer leña para el fuego. Decidido, conserva la figura de pelo rubio, pechos turgentes, con una rosa en la mano. En ella espera recuperar la memoria de María o de Giba, y con ella el alma vigilante de la casa que el agua ha traído esta vez como cuando arrastra los cadáveres hasta las redes. El agua es la inmensidad del universo, los recuerdos, las pesadillas, la isla, Ithaca y **Ulises**, el río, el Danubio del autor. Otro mar que fluye en la memoria de Claudio Magris, como el marinero narrador y el Conde, personajes, que él diría, de una literatura poshomérica que se pierden por el camino y jamás regresan a casa, que se convierten probablemente en otros y nunca vuelven a ser los mismos. Todas las odiseas que en la vida nos permiten desnaturalizarnos y, sin embargo, no evitan que nos aferremos al recuerdo.

Magris escribió el embrión del relato que da título a este libro en 1993 para “Corriere della Sera”. Lo acompañan otros tres cuentos aún más breves: **La portería** (1995), **Ya haber sido** (2005) y **Las voces** (1988). En este último se refugia la obsesión del personaje que sólo persigue relacionarse con mujeres por medio de los registros grabados en los contestadores telefónicos. “Callar mientras habla su voz, la voz de una de ellas, es diferente; incluso cuando la grabación ha terminado me quedo escuchando el silencio que sigue”. Igual, concluye Claudio Magris por medio del narrador en primera persona, que si se escucha un lied de **Schubert**, “uno no se pone a hablar, inclina la cabeza y se calla”.



EL CONDE Y OTROS RELATOS
Claudio Magris
Sexto Piso 2014, 80 páginas
14 euros